

Es diferente entrar a un cuarto oscuro que entrar sabiendo lo que hay dentro

Por Valeria Flores Márquez

Halloween, primero de primaria.

En mi escuela solían montar una casa del terror en un salón, la organizaban los de sexto. Yo siempre decía que no me daba miedo nada. En realidad, todo me daba miedo.

¿Mi mayor miedo? Que la gente supiera mis miedos. Los ocultaba.

“¿Van a entrar con las luces prendidas o apagadas?”, preguntaron los de sexto a todo mi salón.

Todos, con el miedo natural de un niño, prefirieron entrar con las luces prendidas. Da menos miedo algo si sabes que está ahí, ¿no? Pasaron unos minutos. Salieron. Algunos llorando. Yo ya no quería entrar. Si ellos, sabiendo lo que estaba enfrente, sintieron tanto miedo, ¿qué me iba a pasar a mí? Me tragué la duda y entré.

Salí.

No vi nada. Escuché gritos, vi alguna máscara cerca de mí, sentí alguna mano rozarme. Pero no sabía lo que era. ¿Qué miedo iba a tener, si no vi nada?

Ser periodista es entrar a cuartos oscuros y prender la luz.

Humanizas a los enmascarados. Le das la mano al que te roza el cuerpo. Le preguntas cómo está al que grita. Reconoces que el enmascarado, antes que nada, es una persona con una historia que contar. Que la sangre no es decoración: es prueba de lo que pasó.



Es diferente entrar a un cuarto oscuro que entrar sabiendo lo que hay dentro

Los cuerpos tienen nombre, rostro e historia.

Marce entró a un cuarto oscuro. Uno grande. Uno que nadie se atrevía a iluminar. Aunque varias personas con linternas ya sabían lo que estaba pasando, nadie se atrevía a decir nada.

Marce prendió la luz para que todos pudieran mirarse a la cara, para que el mundo viera lo que ocurre en la oscuridad. Les dio la mano y los escuchó, incluso a los desaparecidos sin voz.

143 cuerpos.

"¿Cómo te fue?", le preguntaron.

"Mi alma no ha llegado", respondió Marce.

Yo diría que su alma se quedó iluminando ese cuarto.

Iluminándolo con tanta fuerza que podías ver no solo el horror, sino también las mariposas de esperanza volando entre las personas. Seres vivos en tierra infértil, que demuestran que, con suficiente luz, puedes ver la imagen completa. La imagen humana.

El periodismo es una comisión de la verdad en tiempo real, para que, cuando la justicia sea posible, las piezas del rompecabezas ya estén ahí.

"En algún momento lo que escribimos va a servir para algo", dice Marce. Y mientras lo dice, mariposas salen de su boca.

Al contrario de lo que muchos piensan de los periodistas —que solo retratan los horrores y el sufrimiento, que ven el vaso medio vacío—, yo creo que testificar lo que pasa hace que exista. Así como encontrar el mínimo resto de un desaparecido prueba que existió en este mundo.

"Fírmeme su libro, porque se lo voy a dar a Bryan cuando vuelva, como testimonio de que yo lo estuve buscando", le dijo la mamá de un desaparecido.

El periodismo da luz y mariposas.

El periodismo es esperanza para los que todavía están aquí y para los que ya no existen. Para los que no tienen un cuerpo que contar y para los desaparecidos que no están muertos.

